

Capitalismo y socialismo: ¿El último combate?

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO *

MUY adentrado 1987 dos grandes economistas dialogaron *co-ram populo* respecto a la situación del sistema productivo norteamericano y soviético como símbolos del mundo capitalista y de las democracias populares; y enhebraron al hilo de su extensa conversación el cañamazo de otras muchas cuestiones en torno a la historia y a la política del más reciente pasado (1).

La primera es quizá la temática más extensamente abordada por Galbraith, cuya exposición traza toda una enjundiosa y sintética panorámica de la evolución económica de su país. A un Occidente deshecho tras la segunda Guerra Mundial la salvación provendrá en gran parte del más joven de los imperios. La contienda ha sancionado el liderazgo indiscutible de los Estados Unidos, que ya no podrán desprenderse, como al término de la primera conflagración del peso de la púrpura.

La etapa reconstructora que imprime un aliento considerable a la mayor parte de los países del que desde ahora comenzará a denominarse «mundo libre» será corta. Al depender aquéllos de manera cada vez más estrecha de la evolución de la economía norteamericana, la recesión que afecta a ésta a fines de los años cuarenta impactará a todas las naciones occidentales.

Sin embargo, y como otras veces ha sucedido, una guerra localizada provocará la reactivación. El conflicto coreano dejará sentir inmediatamente sus efectos beneficiosos sobre la industria norteamericana: prolongándose su onda a un Japón que se ha adentrado ya por las «vías del milagro nipón»; camino seguido de igual manera por la naciente república de Bonn y, en menor escala, el Reino Unido y Francia. En la fecha indicada, el producto nacional estadounidense representaba el 60 % de todo el bloque de países de la OCDE, y su productividad venía a ser dos o tres veces superior.

Bajo su égida, y a partir de entonces, la economía occidental conocerá una etapa de crecimiento que inflexionará gravemente un vein-tenio más tarde con la crisis provocada en su sistema productivo por el aumento espectacular del precio del petróleo. Por muchas razones, este cuarto de siglo será considerado como la fase de mayor prosperidad conocida en la historia de los países más evolucionados del mundo. Su beneficiosa influencia llegará a las naciones en vías de desarrollo, algunas de las cuales, como por ejemplo, España, se convertirán en su transcurso en una potencia industrial estimable. La producción agrícola mundial se acrecentará en más de un 50 %, al

* Sevilla, 1939. Catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Córdoba.

(1) J. K. Galbraith y S. Men-shikov: *Capitalismo, comunismo y coexistencia. De un pasado amargo a un futuro mejor*. Barcelona, Planeta, 1989.

paso que se triplica la industrial, teniendo en ello un especial protagonismo Occidente.

Aunque el Estado ejercerá un papel destacado en dicha expansión, será la iniciativa privada a través de grandes compañías y empresas la que actúe como motor de la economía del mencionado período. El que se ha calificado de «capitalismo expansivo», enquistado en organismos multinacionales que controlan todas las fases de producción y distribución de determinados productos, será el gran protagonista de la época. Norteamérica, que hará descansar todo su liderazgo sobre una valuta económica indiscutida, el dólar, será también la tierra por excelencia de las empresas multinacionales. Alrededor de medio millar tienen en sus manos el 60 % del PIB. Estas sociedades gigantes se convertirán en auténticos imperios económicos con una influencia social y política a veces decisiva, incluso en sociedades muy desarrolladas y en países de hábitos democráticos arraigados. Millares de gentes y regiones enteras dependerán de sus dictados y orientaciones, así como el mismo progreso tecnológico que encuentra en sus laboratorios su punta de vanguardia.

Las macrosociedades así como otros organismos de entidad estatal demuestran palmariamente cómo la ciencia y la tecnología se encuentran hoy en la raíz misma del crecimiento económico. La automatización y la cibernética pueden exhibirse como su conciliación y expresión más fecundas. Merced a ellas, se ha logrado en campos muy diversos un sorprendente ahorro de energías y un formidable dominio informativo que pone de manifiesto el ancho horizonte de progreso que el hombre tiene todavía ante sí.

Dadas las variables de todo tipo y la elevada cantidad de factores que intervienen en la actividad de estas macroempresas, es lógico que se haya impuesto en su organización y en la del conjunto del sistema capitalista la planificación tan insistentemente reclamada por Keynes (1888-1946). El estudio del mercado es, obviamente, su principal preocupación junto con el de las inversiones y los gastos productivos, huyéndose a todo trance de la competencia salvaje, característica del capitalismo de épocas precedentes. De ahí, que el Estado juegue un papel esencial en todo el diseño como cliente y proveedor de créditos y facilidades fiscales, hasta el extremo de resultar cada vez más difícil diferenciar sus respectivas esferas. Las relaciones entre la Administración y gran empresa devienen cada día mayores, dándose de hecho en múltiples ocasiones una nacionalización al lado, en otras, de una invasión tentacular de los aparatos del poder político, que llega finalmente a desembocar en la mayoría de las veces en una interrelación completa entre ambos. Sin los pedidos y créditos de los gobiernos las multinacionales y demás empresas gigantes no podrían, un muchas coyunturas, asegurar su rentabilidad; y, a la vez, sin su eficaz funcionamiento la maquinaria estatal chi-riaría. Norteamérica y el Japón se presentan como acabados modelos de ello, pero también todos los restantes países desarrollados dibujan un panorama semejante, según lo ilustra la República Federal Alemana.

Frente al impacto y, asimismo, el desafío que a sus estructuras significara la crisis iniciada con la estanflación del bienio 1970-71 —coexistencia de elevadas tasas inflacionistas con la recesión de las

**UN
CAPITALISMO
RENOVADO**

actividades productivas— y coronada a finales de 1973 —octubre— con la guerra del Yom Kippur, el sistema capitalista demostraría una vez más su sorprendente capacidad de asimilación y recuperación. Antes, empero, de volver a situarse en un horizonte de seguridad y esperanza, sus cimientos se cimbrearon con fuerza por algún tiempo. El término de la década estuvo envuelto en Estados Unidos en un panorama que, en ocasiones, bordeó una coyuntura crítica, con altas cotas de inflación, desempleo y déficit exterior, por las desventajas de sus productos con respecto al mercado internacional.

Pero la era del capitalismo no constituía ya un capítulo de la historia, ni menos aún se produjo su reemplazo por un modelo socialista, completamente desencuadrado. De manera sorprendente, su recuperación provendría de un retorno a los orígenes...

Justamente cuando la crisis semejaba arreciar y convertirse en auténtico huracán, comenzó a perfilarse en el horizonte la llamada «revolución conservadora». Presidido por un thatcherismo que se afanara por infundir confianza a las recetas clásicas del capitalismo —apoyo a la iniciativa privada, reducción de gastos estatales, amonización de impuestos—, el reaganismo desenvolvería idénticos postulados en USA. Malparada su estrategia inicial, consistente en la aplicación de una estricta restricción monetaria, contención del gasto público y racionalización de sus estructuras, la primera ministra inglesa decretaría el trasvase a manos privadas del extenso e importante sector empresarial público. La sencilla receta hizo milagros. El saneamiento del presupuesto estatal, debido a la supresión de fondos destinados a empresas deficitarias y el aumento consiguiente de la recaudación fiscal, fue la principal consecuencia para una economía que vio como la participación del gasto público en el PIB se redujo drásticamente, de igual manera que los impuestos sobre la renta de las personas físicas y de sociedades. El déficit oficial desaparecería con los ingresos generados por las ventas de las empresas públicas —2,2 % del PNB en 1982, un punto menos que en 1980—, seguido de un descenso espectacular de la inflación —5,4 % en 1982—. La resistencia al programa conservador protagonizada por los Trade Unions —huelga de la minería durante más de un año— sería quebrada por la tenacidad de la «Dama de hierro».

Por su parte, la «reagonomics» se basó en idéntica fórmula, al otorgar ilimitada confianza a la libre competencia como guía del mercado, y caracterizándose su praxis por la reforma y reducción del fisco. Los Estados Unidos se esforzarían ahora por ser fieles al sueño americano, identificado con un radical individualismo y un sistema productivo basado en la competencia y en las leyes y mecanismos de mercado, reguladores automáticos de conflictos y crisis.

La fórmula cuajó y un capitalismo pictórico y ufano hizo retornar para Occidente los mejores años de las décadas centrales del novecientos. Este capitalismo triunfante arrasó cuanto se opuso a su paso, como lo ilustra la Francia de los primeros años del mitterandismo. Los ardientes deseos de los socialistas galos por hallar planteamientos que redujeran el peso de los poderes del dinero en aras de una más justa distribución de las riquezas, acabaron en una completa palinodia poco tiempo después de haberse decretado la nacionalización de las principales empresas y de las instituciones bancarias.

Incluso en el área más suscitadora de problemas e inquietudes,

la monetaria, se había llegado a un cierto consenso en la casi imposibilidad de encontrar fórmulas que asegurasen el equilibrio deseado con tipos de cambio fijos. Después de una década como la de los setenta, presidida por el signo de la inflación y singularizada principalmente por la crisis monetaria, se llegaría a comienzos de la siguiente a aceptar como mal menor soluciones coyunturales. Éstas, según es obvio, no podían aspirar a reencontrar los caminos de la pérdida normalidad; y sólo se exigía de ellas que no agravasen la precariedad del sistema monetario internacional, que haría de la necesidad virtud al convertir la flexibilidad en su método más practicado. El negro horizonte de la deuda externa, sin visos de remedios eficaces y definitivos; las notables oscilaciones del dólar, y el papel sustitutorio ejercido a veces por la Banca como fuente de financiación internacional, seguirían dibujando, no obstante, en este último decenio, un cuadro poco alentador para concebir esperanzas de un nuevo orden monetario con los mismos caracteres de solidez que los vertebrados por el patrón oro o por el dólar de los días gloriosos de Bretton Woods.

Con todo, ésta sirvió principalmente para mostrar cómo algo esencial había cambiado en el tejido del capitalismo con relación a los años de incontestable predominio yanqui.

La CEE, y muy especialmente Japón, reclamaron a partir de entonces una dirección más colegiada de la economía y un mayor cumplimiento por parte de USA de sus enormes responsabilidades cara al buen funcionamiento del capitalismo. A la fecha, debido a su completa e indelegable independencia del avance tecnológico —de enormes costes—, el capitalismo requiere una ampliación de mercados capaz de absorber producciones en masa, hecho que implica a su vez una creciente importancia de las inversiones fijas en las empresas, lo que hace imprescindible una planificación —pública o privada— que aleje al sistema de sus modelos manchesterianos de la competencia a todo evento. El cambio ha llegado también a él, y hasta el momento ha sabido adaptarse... De cosmética acusan sus adversarios la innovación introducida por el «neocapitalismo». El término alude al intento del viejo sistema de acercarse más al ciudadano de a pie, atenuando el concepto de una estructura productiva, jurídica y política para inscribirse más en el hondón de la vida social; con un equilibrio más armonioso entre valores materiales y prácticos y valores morales y espirituales. Más profunda tal vez, en efecto, que dicha «reconversión», haya sido la llevada a cabo, especialmente en los países anglosajones, por el «capitalismo popular» de los años ochenta, con la creciente incorporación al accionariado de empresas y negocios de importantes sectores de las clases medias, destiñendo así el tono oligárquico del sistema. En fin, sean cuales fueren los juicios que nos merezcan estas metamorfosis o verdaderos cambios, lo cierto es que el capitalismo sigue generando riqueza, muy desigualmente repartida pero de la que ningún sector de las naciones occidentales deja de beneficiarse. La evolución de la postrera década es, por el momento, su última demostración. Desde 1982 los países ricos entraron en un ciclo de crecimiento sostenido cuya prolongación no aparece amenazada para los años venideros.

En los planteamientos del economista ruso, la apelación historicista es menor, aunque, naturalmente, no falta en sus formulacio-

**EL
DESENVOLVIMIENTO
DE LA ECONOMÍA DE
LAS DEMOCRACIAS
POPULARES**

nes la referencia al momento en que fue construido su modelo económico.

En el llamado Bloque oriental o países de democracia orgánica, su economía ha presentado hasta casi las fronteras de nuestros días una fisonomía opuesta a la capitalista. Suprimido el incentivo del beneficio así como la existencia del mercado libre, ha estado hormada en un dirigismo a ultranza. Es o ha sido el Estado el absorbente agente de todo el proceso económico; estableciendo un rígido ordenamiento en las diferentes ramas de la producción, a las que se les ha asignado unos niveles no siempre alcanzados. La planificación se ha convertido así en el instrumento esencial de estas economías. Dueño de todas las industrias de base y sin las preocupaciones derivadas de un mercado concurrencial, el gobierno delinea la vida económica al margen de elementos coyunturales y siempre en función de sus intereses de estrategia mundial, sin dedicar una atención especial a su incidencia en la opinión pública. Empero, a despecho de contrastes y diferencias, el funcionamiento de la economía de los dos bloques no es muy antagónico. Ambos descansan, fundamentalmente, en el protagonismo indisputado de la gran empresa, convertida en el verdadero motor de la actividad productiva.

En los primeros momentos, es decir, en los años que siguieron a la segunda Guerra Mundial, la reanudación de los planes quinquenales en Rusia y las medidas de reactivación adoptadas en todos los países de la Europa Oriental bajo su égida, alcanzaron sus objetivos primordiales. Igual sucedería en la primera fase de la China Popular, con sus planes quinquenales que sacaron al gigantesco país de la hondonera en que lo habían sumido la ocupación japonesa y una guerra civil prolongada a lo largo de casi dos decenios. Sin embargo, pasada esta fase, el ritmo del progreso disminuyó considerablemente e incluso se llegaría en algunos sectores a crisis endémicas o a situaciones de auténtico bloqueo y callejones sin salida.

Tal fue el caso de la agricultura de los dos colosos comunistas. La economía soviética tendría en el sector primario su principal talón de Aquiles, en correlato estrecho con la situación china. La galopante demografía de ambos países, muy en particular del segundo, revestiría a la crisis agraria de unos caracteres dramáticos, paliados, en algunas ocasiones, en el caso ruso por importaciones de cereal, casi siempre de naciones occidentales; sin que del lado chino pudiera nunca acudir a este remedio por la rigidez autárquica de su modelo económico, así como por su absoluta carencia de divisas.

Como decíamos más arriba, otros temas comparecen en las densas páginas de una obra cuya atenta lectura deparará en gran número enseñanzas y sugerencias de elevado interés. En la actualidad, el libro tiene ya, en algunos aspectos, una luz casi prehistórica; pero aun así, es provechoso para encuadrar con justeza las causas inmediatas que provocaron el hundimiento de toda una arquitectura material e ideológica. El capitalismo no pone, empero, como quieren sus entusiastas una omega a la historia. Pese a su indudable capacidad de autocorrección y a sus grandes logros, la necesidad de alternativas y opciones válidas, no necesariamente rupturistas y nacidas fuera de su ámbito, son y serán necesarias para un desarrollo económico que tenga como fin primordial la creación de riqueza y su justa distribución.